

entiende por «integrar»? ¿cómo tiene lugar el virtual proceso de «diferenciación» (de culturas e individuos)?

Pese a estas y otras lagunas y dificultades de la argumentación Echeverría nos aporta un primer juicio sobre Telépolis. Esta nueva forma de organización es preferible a otras contemporáneas o precedentes porque produce, o al menos permite, una mayor integración diferencial. Se apuesta así por una sociedad plurirracia, pluricultural y plurilingüística; por un mundo mestizo, abierto a la mezcla y a la contaminación. Bien está. Pero hemos de añadir que en Telépolis este efecto o resultado tan deseable no está en absoluto garantizado. La universal extensión de Telépolis también puede generar un inmenso proceso de homogeneización, de desaparición de formas culturales diferenciales, dando lugar a nuevas formas de (tele)colonialismo. La alternativa, las opciones, están sobre el tapete: falta jugar el juego.

Por último, el ensayo se cierra con una consideración sobre la actividad política en Telépolis. Ya en páginas anteriores había definido la nueva telepolítica, consistente en la conversión de los partidos en empresas que compiten por copar el mercado electoral. Ahora se nos plantea otra disyuntiva: ¿Permitirá Telépolis profundizar en la democracia o logrará angostarla aún más? Nos movemos realmente entre la telecracia (ejercicio del poder de arriba abajo) y la teleacracia (ejercicio del poder de abajo arriba).

La clave de estas opciones, entre la pluralización y la homogeneización, la telecracia y la teleacracia, etc., parece estar no exclusiva pero sí básicamente, en un problema «tecnológico». Basta, parece, con disponer de artefactos que no sólo reciban mensajes, sino que también tengan capacidad de emisión. Así, la relación comunicativa es totalmente reversible: las posiciones de emisor y receptor son efectivamente intercambiables. ¿Sencillo no? La verdad: menos de lo que parece. Ya lo comentamos: en Telépolis todo, o casi, está por jugarse.

«Así es la nueva ciudad a la que se nos invita a vivir y que marca nuestro destino», dice nuestro anfitrión en la página 50. En efecto: Bienvenidos a Telépolis; deseamos que su estancia sea lo más enriquecedora, intensa y divertida posible. De usted depende, como siempre.

Alejandro ESCUDERO

QUESADA, J.: *Sinfonía para un nuevo siglo*. «Ateísmo difícil, en favor de Occidente». Ed. Anagrama, 1994.

¿Cómo salimos con esas cosas que inexorablemente le acontecen a la vida, expuestas en el fracaso, la vejez y la muerte? ¿Cómo escapar, al fin, a la sensación de irremisible estafa? ¿Cómo... y no caer en la tentación trasmundista, convertirse en rehén de fundamentalismos finiseculares? La respuesta debe estar en la circunstancia constitutiva de lo que somos, ha de estar en la tradición crecida en Europa, ámbito de las utopías, de la ciencia y la tecnología, de Ulises y la vuelta a casa, de los horrores más o menos consentidos, de un mundo en inacabada edad de razonar.

Julio Quesada rastrea esta cuestión abordable desde diferentes perspectivas, centrándose en la de suyo incuestionada: la filosófica. El rastro lo lleva a los orígenes de la racionalidad, orígenes alumbrados por el Oscuro Heráclito que pensó el devenir contra la módica abstracción parmenídica. Allí aparece un niño que juega construyendo y destruyendo, inocentemente, el Fuego que no tiene finalidad ulterior a sí mismo. Si ello es así, resulta asaz cierto, también, que la historia avanzó hasta nosotros, y ya el niño

no juega en un presente continuo: juega (jugamos) con la historia, el presente y el futuro. El niño de Heráclito, retomado por Nietzsche, nos lo presente Julio Quesada enriquecido por los tres tiempos de la vida y por el lenguaje. Es decir, atento al conjunto de los materiales con los que está hecho el edificio de la Filosofía.

«*Ateísmo difícil, en favor de Occidente*», no es un libro que invite al largo peregrinar para las conclusiones de arriba, a la paz de la isla paradisíaca al final del viaje. Está atravesado al sesgo, desde la primera a la última página, por esa fervorosa apuesta del título, como si no hubiera tiempo que perder o lugar para los silogismos monotemáticos. La intuición que se vale de los razonamientos y de los sentidos es portadora urgente de una luz que ilumina en el ocaso del siglo. Después de convencernos de que el tema es la vida, nos empuja a afrontarlo sin equívocos. La vida como juego y experimento, aireada del buen humor que necesita para el tránsito al que nos arroja este eterno retorno, eterna búsqueda de nuevas salidas.

FALACIAS DEL CAMINO DE LA CRUZ

El filósofo, ser-de-este-mundo, en vano cegaría sus ojos de cristiano pretendiendo ignorar los más de veinte siglos de renovadas catequizaciones. Se alza entero, con su repertorio cultural a cuestas, vindicando el impulso creador. La teología de la culpa, vestida de mística escénica o de «desarrollo de fuerzas históricas», acaba prometiendo una engañosa consolución homeostática y uniformizada. A lo largo del libro son descubiertas cohartadas y artimañas que edificó el contubernio de monoteístas y totalitarios que a la hora de la muerte de Dios, voceada en el siglo XIX, espetaron nihilismo a cuatro vientos. Enseguida, el autor, contestando a la melancolía de la vejez, el pesimismo de Schopenhauer y la desolación heideggeriana, se-lanza-en-ristre contra totalitarismos uniformizadores que, desde signos diferentes, atenazaron Europa en la actual centuria. No escamotea la necesidad de plantearse en un tiempo-espacio real, europeo, cosmopolita... y ya cansado de sostenerse en el gélido aire metafísico del Norte. ¿Hay que mediterraneizar la música, como vociferaba Nietzsche? Sí, la cultura, toda la cultura, hay que sensibilizarla de Mediterráneo, hay que exponerla a la vibración dionisíaca, para que la disonancia complete la sinfonía.

EL RASTRO Y LA BRÚJULA

Ni los pensamientos, ni los libros de que disponemos son como fueron hechos; nuestra «vivacidad» los recupera en este tiempo. El famoso fragmento de Heráclito acerca de universo-niño-que-juega, en efecto, ha sido traducido de distintas formas. Julio Quesada lo apunta. ¿Cómo entenderlo? En primer lugar, convencidos de las modificaciones de toda traducción e inmersos en el trabajo de la historia que no dejó de «jugar» hasta hoy, miramos ese fragmento desde la modernidad. Instalado allí, el autor hizo lo que hay que hacer: una buena lectura de Nietzsche. Acto seguido, ¿es posible ser post-moderno? ¿Recaer? No. La suerte de la vida está en juego, nos negaremos a las abulias finiseculares de los primos de aquellos que ya pontifican llegado el fin de la historia. Unos doscientos años había supuesto Nietzsche para el desafío en el que nos colocaba la muerte de Dios. ¿Va a extrañarnos el nihilismo postmoderno que reza el rosario de la masificación, inflado de pesadez y ataraxia? Julio Quesada defiende al individuo frente a la divinización de la máquina que nos serializa, y afirma la necesidad heracliteana del devenir. Así se presenta a favor de Occidente, para acabar con la falacia trasmundista orientada hacia la llegada a Dios que es la muerte, el final

del juego. En este punto, *Ateísmo Difícil* hilvana desde la meditación filosófica una pedagogía para la vida. El niño que juega con las metáforas, que incluye en su juego el lenguaje porque éste forma parte de «la realidad mentirosa del mundo», existe en un lugar concreto. No es ateísmo para los ángeles, lo es para el autor con sus prójimos (próximos), los que están en Europa, los que son la Europa de raza mixta, antinacionalista, mediterraneizada su cultura, moderna, sobreponiéndose a los horrores seculares y a la desgana.

Un libro escrito menos para el modelismo literario que para vehículo de un entusiasmo que quiere connotar hasta los sencillos gestos de la vida cotidiana. Un libro hecho sin expulsar a los poetas de la ciudad, ni a la Filosofía de Institutos y Universidades.

Rafael FLORES

MOLINUEVO, J. L.: *La ambigüedad de lo originario en Martin Heidegger*. Iria Flavia-Padrón: Editorial Novo Século, Biblioteca Universitaria, 1994; 242 páginas.

El libro de José Luis Molinuevo, autor entre otras publicaciones de *El idealismo de Ortega* y *La estética de lo originario en Jünger*, tiene como objetivo examinar el sentido de la constante búsqueda de lo originario en la obra de Martin Heidegger. El marco elegido para llevar a cabo ese examen abarca desde las primeras lecciones y escritos del filósofo alemán hasta algunos textos de los años 30, y sigue un hilo conductor, **la ambigüedad**, que permite al autor conciliar los distintos contextos y temáticas heideggerianas. Con esto, la idea base sometida a investigación es esa paradoja heideggeriana según la cual el *Dasein* sólo puede alcanzar su ser auténtico desde la inautenticidad, desde la ambigüedad de una existencia que incorpora el desarraigo, la angustia, la caída, como componentes ontológicos fundamentales. Lo originario presenta de esta forma su carácter ambiguo y muestra la finitud del *Dasein*, que se mantiene en su lucha constante ante la imposibilidad de acceder de una forma completa a lo originario mismo. Así, Molinuevo lleva a cabo el recorrido que muestra las modificaciones, los pasos hacia adelante y hacia atrás que realiza Heidegger en su anhelo por alcanzar lo originario a partir de una serie de fundamentos y comienzos ambiguos.

Ya desde el inicio del libro, mediante el análisis de los escritos y lecciones anteriores a la publicación de *Ser y tiempo*, presenta el autor cómo Heidegger se enfrenta a esa carencia de fundamento que encuentra el ente al percibirse como posibilidad arrojada en un mundo que se torna inhóspito. Así, los primeros trabajos del filósofo alemán, que buscan la renovación de la tradición aristotélico-escolástica a través de la lógica neokantiana y la fenomenología, permiten ver cómo Heidegger comienza a acercarse a una ontología fenomenológica que supone un nuevo modo de entender la tradición, una ruptura generacional asentada en inicios ya de por sí problemáticos. La «lógica de la decadencia» de las lecciones de Friburgo, o ese «filosofar es filosofar contra la ruina», pueden entenderse tanto desde una postura puramente especulativa, como a partir del análisis del momento histórico en que Heidegger lleva a cabo estos primeros escritos: por un lado, la vida es movilidad, y esa movilidad indica una carencia contra la que hay que luchar, a la que hay que enfrentarse, que conducirá a las categorías de la caída o de la angustia, englobadas en este momento por lo que Heidegger denomina simplemente «furia», simultáneamente, el clima de la Alemania universita-